

hombres el contingente de ejército que había en Milan; en la península se reunieron 30,000 hombres y en los Países Bajos 18,000. El conde de Fuentes, gobernador de Milan, aumentó las fortificaciones de su territorio, y también hizo sus preparativos el emperador. Echóse mano de todas las rentas del Estado y de los capitales particulares para recaudar las cantidades necesarias, y se hizo, asimismo, un llamamiento á los vasallos españoles de Italia, tales como los duques de Módena, Parma y Urbino, y el propio gran duque de Toscana no se atrevió á rehusar al rey católico el dinero que le pidió. En Madrid, se preparaba ya el manifiesto de guerra lleno de amargas y no infundadas quejas contra Enrique IV.

Este quiso, en 19 de mayo de 1610, visitar la Champaña, y nombró regente, durante su ausencia, á su esposa, á cuyo lado puso un Consejo, compuesto, en su mayor parte, de católicos. Así pensaba contener á estos confiándoles el gobierno, mientras el ejército se encontraba casi exclusivamente en manos de los hugonotes. Conforme á los deseos de la reina y para rodearla de mayor prestigio, la hizo coronar solemnemente en San Dionisio, en 13 de mayo; brillante ceremonia que encontramos copiada en un cuadro de Rubens, que se encontraba en el Louvre. Tres días después debía tener efecto la entrada solemne de la regente en París, cuando una horrible catástrofe cambió de un solo golpe, por completo, la faz de las cosas. Al regresar Enrique IV á la capital, en 14 de mayo, con el objeto de cuidar de los preparativos para la entrada de la reina, en ocasión en que, á las cuatro de la tarde, pasaba en coche descubierto por la estrecha calle de la Ferrounèrie, por la que, en aquel momento, circulaban gran número de carros, fué víctima del puñal de un asesino. Este era Francisco Ravailiac, hombre fanático, corrompido por las doctrinas regicidas de algunos escritores jesuitas y por los sermones que entonces se predicaban contra la expedición que proyectaba Enrique en favor de los herejes alemanes. Ravailiac había creído atraerse la admiración de los buenos y conquistar la gloria eterna libertando al mundo católico de tan peligroso enemigo. El golpe fué tan certero que Enrique solo tuvo tiempo para exclamar: «¡No es nada!» y cayó muerto.

Varias veces se ha pretendido averiguar si Ravailiac tenía cómplices y si fué excitado al regicidio por potencias extranjeras, pero las investigaciones no han producido resultado alguno positivo. El mismo Ravailiac, á pesar de haber sido sometido á los más atroces tormentos, declaró siempre que él era el único culpado, y los contemporáneos mejor enterados dieron completo crédito á sus palabras. Casi cada año había habido tentativas de asesinato contra Enrique IV: la de Ravailiac fué la más afortunada. El odio religioso, que caracteriza todo el siglo XVI, se había manifestado una vez más por medio de un crimen.

El delito de aquel fanático produjo una terrible crisis, pues con Enrique IV perecieron sus grandes planes, que abarcaban todo el mundo. Un niño y la regencia de una mujer poco apta, fueron los sucesores de aquel monarca que no había podido ver realizado por completo ninguno de sus pro-

yectos bien meditados y enérgica y hábilmente emprendidos: la obra de su vida quedó, pues, incompleta.

Sus adversarios se entregaron á los mayores excesos de alegría. «¡El Señor de los ejércitos lo ha hecho porque Enrique se había enajenado todos los corazones!» exclamó el Papa lleno de júbilo. En España, la corte, los magnates y el pueblo se unieron para celebrar el acontecimiento, que era considerado como una recompensa del cielo á la devoción de Felipe III y como una prueba de la protección que á este dispensaba el Todopoderoso.

En efecto, los españoles se veían libres de un gran peligro en el momento preciso en que el rey de Francia se preparaba á inferirles un golpe mortal.

Pero la repentina muerte de Enrique IV solo fué un corto aplazamiento para la realización de sus planes, pues de tal manera había unido y fortalecido su reino; sobre tan seguras bases había levantado la superioridad militar, rentística y política de Francia respecto del rey católico, que desde el momento en que una voluntad firme é inteligente tomara la dirección de la Francia, había de decidirse la lucha entre esta y España, entre los Borbones y los Habsburgos. Enrique IV, así en la administración interior como en la política exterior, había trazado, con claro talento y gran firmeza, la senda que debían seguir sus sucesores para hacer de Francia la primera potencia de Europa y para conseguir que la influencia francesa fuese la que diera el tono en todos los terrenos. En este punto histórico puede apreciarse en toda su extensión la obra del más grande de los Borbones.

En punto á la lucha entre las distintas religiones, también Enrique había fundado una nueva época, por más que no pudo verla completamente terminada. En la última mitad del siglo anterior se había visto hartamente evidente que la Reforma, con sus divisiones intestinas y con sus sectas, enemigas entre sí, no podía pensar ya en conquistar á toda la cristiandad; las antiguas creencias abandonaban ya la defensiva, que en un principio habían tomado, para atacar directamente á la nueva religión, y en este ataque, dirigido por los Habsburgos y especialmente por el rey de España, habían conseguido grandes victorias sobre la Reforma, arrebatándola considerables territorios y llegando hasta someter á sus más levantiscos adeptos, los calvinistas. Isabel de Inglaterra y Enrique IV habían ofrecido un armisticio á la Contrareforma, pero el monarca francés tenía un modo de ver más elevado, habiendo sido el primer príncipe verdaderamente tolerante y el primero que puso la idea del Estado por encima de las limitaciones religiosas. Acusado, precisamente por esto, de hereje por los fanáticos de ambos partidos, había intentado realizar la igualdad de derechos ante el Estado y dentro del Estado, entre los adeptos á las distintas religiones, y murió víctima de su noble idea. Su criterio pertenecía al porvenir y se vio realizado después de los horrores y miserias de la guerra de treinta años, pues, terminada esta, vivieron, si no amistosa, por lo menos pacíficamente el catolicismo y el protestantismo, las antiguas y las nuevas creencias. Las generaciones europeas tendieron, desde entonces, hácia otros fines que se vieron coronados por más feliz éxito.

FIN DE LA EUROPA OCCIDENTAL

## LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

POR EL

DR. JUAN GUSTAVO DROYSEN

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE HALLE

### LIBRO PRIMERO

#### INTRODUCCION

EL TRIUNFO DE LA REFORMA PROTESTANTE

#### LAS MONARQUIAS DEL SIGLO XVI

A mediados del siglo XVI Europa había adquirido un aspecto nuevo.

Durante largo período había predominado en la Edad media la idea de que toda la cristiandad del Occidente formaba una monarquía general en la cual compartían el poder supremo el emperador y el Papa, y regia en este sacro imperio el sistema feudal con sus jerarquías eclesiásticas y sociales.

A este orden de cosas sucedió un período en el cual se abrieron camino ideas nuevas, las cuales al adquirir fuerza conmovieron aquel régimen feudal y eclesiástico. El humanismo, origen de estas ideas nuevas, proclamó el derecho y la libertad del individuo, y escribió en su bandera el desarrollo de la individualidad, con lo cual se puso en pugna con la organización uniforme del imperio universal. La lengua latina perdió su universalidad cediendo ante el empuje de las lenguas modernas, y con el dominio de estas se ensanchó y arraigó el sentimiento nacional (1). Cuando esto sucedió habían menguado ya la autoridad y la importancia de los dos poderes supremos de la Edad media, principalmente á consecuencia de la sañuda lucha que entre ellos mismos se entabló. Tan degenerados y decaídos se hallaban estos dos poderes, que hubo un período sin emperador, otro en que el Papa estuvo prisionero y otro en que la cristiandad tuvo tres Papas y tres emperadores.

El tiempo de estos dos poderes había pasado como el de las instituciones feudales; los cimientos religiosos de la Iglesia estaban conmovidos; la Iglesia ya ni era cristiana ni tenía moralidad (2).

(1) Nos parece que el autor adelanta dos siglos la proclamación del derecho y de la libertad individual; y en cuanto á la lengua latina, todavía á últimos del siglo XVII se escribía en latín para que las obras pudieran ser leídas con facilidad en todas las naciones.

(N. del T.)

(2) La Iglesia no, sino algunos de sus ministros: la corrupción era más de la época que de la Iglesia.

(N. del T.)

El siglo XV fué la época de la formación de las monarquías é iglesias nacionales.

El emperador Segismundo, poseído de la idea del «sacro imperio», quiso restablecer la monarquía universal cristiana y sacar á la Iglesia de su decadencia, pero ni la Francia ni Inglaterra ni España le reconocieron ya (3) por autoridad suprema, ni la Iglesia llegó á ser reformada por el concilio de Constanza.

En el siglo XV existían todavía en todas las naciones una multitud innumerable de señoríos, condados, principados y dominios eclesiásticos independientes con sus derechos, organización é intereses particulares, cuyos dueños, laicos ó eclesiásticos, de vasallos se habían hecho soberanos absolutos é independientes. Así se encontraba entonces la Alemania y lo mismo sucedía en casi todas partes, muy particularmente en el Occidente europeo que estaba progresando mucho más que el Oriente y servía de modelo al resto de Europa, pues la diferencia que se observaba en el desarrollo político de España, Francia é Inglaterra por un lado, y en el de Alemania por otro, era grandísima. En aquellos tres países el poder real consiguió imponerse á los demás poderes, la nobleza y la Iglesia; y á pesar de la fidelidad que los reyes profesaban á esta última, y de la devoción que les animaba, lucharon y consiguieron reducir la influencia del Papado en sus Estados á límites más estrechos. Casi puede decirse que los reyes de los citados países occidentales los transformaron en Estados, ó mejor dicho, en monarquías, y nacionalizaron la Iglesia de cada país así transformado. Lo que más contribuyó al aumento del poder del trono en ellos fué la absorción ó por lo menos la reducción de una porción de las atribuciones muy latas y muy trascendentales que hasta entonces habían sido privilegio del Papa, mas soberano italiano que cabeza espiritual de la cristiandad.

En España el trono consiguió la provisión de los puestos eclesiásticos más importantes con el concordato del año 1482.

(3) Ni tampoco habían reconocido antes la superioridad de los emperadores germánicos.

(N. del T.)

En Francia el Pontificado, por la pragmática sancion del año 1438, perdió una multitud de privilegios muy importantes, entre otros su influencia en la eleccion de los obispos. Francisco I renunció en un nuevo concordato en 1516 á ventajas muy esenciales de aquella pragmática sancion, para tener de su parte al Padre Santo, con su bendicion papal y su fuerza material, en la lucha contra la casa de Habsburgo; pero en cambio obtuvo concesiones mucho mas importantes para sus intereses dinásticos, por ejemplo el derecho de provision de las sillas arzobispales, episcopales y abaciales en su reino, lo cual aumentó considerablemente el peso de la autoridad y poder del trono, porque hacia depender al clero, y con él el dominio territorial de la Iglesia, en Francia lo mismo que en España, de la corona dispensadora en adelante de todas las prebendas. En Inglaterra Enrique VIII, á pesar de ser buen católico, emancipó completamente la Iglesia de su país del poder del Papa, haciéndose él mismo cabeza de la Iglesia y recibiendo como tal el juramento del clero.

En todos estos países quitó la corona á la nobleza y aun al clero su preponderancia é independencia. En España remató esta obra Carlos I (V) con la guerra contra las Comunidades (1520 y 1521), cuando debilitados los grandes y los municipios por sus luchas, facilitaron unos y otros á la corona el medio de quitarles sus privilegios y fueros, y de enseñorearse de ellos, mientras el clero, á pesar de ser archicatólico, continuó en su dependencia inmediata de la corona.

En Francia fué principalmente Luis XI quien, apoyado en los elementos populares, sometió á los grandes vasallos y dió á la corona de Francia una autoridad suprema y la fuerza necesaria para imponer su voluntad á grandes y pequeños en el interior del reino, como lo habia hecho la autoridad real en España.

En Inglaterra fué Enrique VII, el rey de los pobres, quien estableció una monarquía robusta sobre las ruinas de la organizacion antigua, sometiendo á la autoridad real los grandes barones y el alto y bajo clero.

Poco despues hicieron lo mismo los reyes escandinavos, los cuales para sobreponerse á las clases privilegiadas, particularmente al clero, se apoyaron en los elementos populares de sus Estados.

Muy diferente fué el desarrollo político interior de Alemania. Allí eran innumerables los señoríos independientes, muchísimos de ellos de extension mínima y todos con sus privilegios, fueros y derechos particulares, mientras el poder central solo existia de nombre porque, fuera de sus territorios y súbditos particulares y propios, no tenia ni autoridad ni fuerza. Era además electivo, lo que hacia que cada emperador, para alcanzar este puesto, debiera conceder á los potentados electores nuevos privilegios y prerrogativas, en perjuicio del escaso y menguadísimo poder imperial. Los altos cargos y dignidades, tanto en el Imperio como en los territorios, eran hereditarios ó atributos de mano muerta. No disponiendo el emperador ni de autoridad ni de instrumentos, de personas é institutos para imponer á los miembros del Imperio, cuya unidad era puramente nominal, la paz, el orden, la observancia de las leyes y el respeto á los derechos de los demás, encontrábase este Imperio en anarquía permanente, expuesto siempre á ataques exteriores y á perder como perdía un territorio tras otro por todos lados. Así, del mismo modo que en los reinos occidentales, urgía en Alemania una transformacion política interior, una reforma hecha como en aquellos países por la corona en su interés propio, como la efectuaron los reyes en Francia é Inglaterra, y luego en Dinamarca y Suecia, y como la podria haber efectuado tambien en Ale-

mania Maximiliano I, convirtiendo el país en una monarquía fuerte, si se hubiese apoyado como los otros monarcas en los elementos populares ó sea en las clases bajas. En efecto, la pequeña nobleza, la clase media de las ciudades y la rural estaban cansadas de la tiranía y opresion de los príncipes y grandes, tanto láicos como eclesiásticos; habia fermentacion en las clases oprimidas; en muchas partes hubo sublevaciones armadas; en todas se oían clamores pidiendo orden, seguridad, unidad y nacionalidad, y todos esperaban de Maximiliano la salvacion y la reforma interior. Pero el emperador, atento solo á sus intereses particulares, que consistian en la elevacion de la casa de Austria á potencia europea, no correspondió al deseo ni á la esperanza del pueblo alemán, y dejó pasar sin aprovecharla la ocasion favorable para el establecimiento de una monarquía alemana, nacional y fuerte. Las luchas violentas que sostuvo durante su reinado contra los magnates y demás poderes del país tuvieron por resultado el triunfo de los príncipes del Imperio sobre la dignidad imperial y real, y la victoria de la pluralidad de miembros del Imperio con voz y voto sobre el principio monárquico.

El arreglo del gobierno del Imperio hecho en el año 1500 solo sirvió de preliminar al establecimiento definitivo de la soberanía de los magnates en sus territorios particulares; es decir que en Alemania sucedió exactamente lo contrario que en los reinos occidentales, en los cuales el monarca impuso á los magnates su autoridad soberana, reduciéndoles á pesar de su poder y pujanza á la categoría de súbditos.

A la muerte de Maximiliano ciñó la corona de Alemania Carlos de España, animado de la idea monárquica que acababa de realizar definitivamente en este país. Para la Alemania, que cabalmente entonces, en el punto culminante de su mision histórica, iba á resolver sus cuestiones mas importantes, fué una desgracia tener á su cabeza un rey que todo era menos alemán, porque Carlos V era español por su sangre y por su carácter. Ni remotamente pensaba en estudiar lo que agitaba á los alemanes; para él los príncipes alemanes eran súbditos que le debian obediencia ni mas ni menos que los grandes de España y los nobles de los Países Bajos, y así estaba muy decidido á no respetar las limitaciones de las prerrogativas reales que habia aceptado al firmar las capitulaciones para ser elegido emperador de Alemania. Penetrado de la idea del poder imperial absoluto, ilimitado, y de la autoridad universal de la Iglesia romana, única verdadera, no entendia nada de otras reformas políticas ni religiosas, y dueño de un imperio inmenso, en el cual el sol no se pona, no dudaba que llegaria á realizar sus propósitos de hacer de Alemania una provincia de su Imperio, someter á su cetro toda la Europa y renovar el antiguo imperio ó monarquía universal. Pero Carlos se encontró con fuerzas contrarias con las cuales no habia contado; el espíritu de la época y la voluntad nacional estaban contra él; del seno del pueblo alemán habia salido el clamor de una reforma religiosa y eclesiástica, y este clamor habia tenido poderoso eco. Un instituto espiritual que, destinado á ser el medio de salvacion de las almas afligidas, se habia transformado en objeto de ambicion terrenal, y se habia interpuesto entre la humanidad y su Dios, impidiendo su union, no podia ya satisfacer á las almas anhelantes de consuelo religioso. Estas almas creyentes reclamaban su derecho de ser cristianas en el sentido que ellas lo entendian y necesitaban; se trataba de conquistar la comunidad de los creyentes, el sacerdocio de todos los cristianos, y de arrebatar su privilegio al gremio sacerdotal de la Iglesia de la Edad media.

El pueblo alemán creyó que su emperador se pondria á la cabeza del movimiento religioso, y que entonces quedaria asegurado el triunfo; pero el emperador se desentendió no

solo de la reforma política, sino tambien de la religiosa, que habria sido el terreno en el cual una monarquía alemana habria echado raíces vigorosas y profundísimas. ¿Qué le importaba á este español frío y descolorido la necesidad de consuelo espiritual que necesitaban las almas alemanas? Este monarca absolutista y papista no vió en los comienzos del movimiento de reforma en Alemania mas que una disputa de frailes, y en su desarrollo posterior mas que una revolucion que iba ganando terreno. El volver Carlos V la espalda á este movimiento en lugar de ponerse á su cabeza constituye acaso el acontecimiento mas funesto de la historia alemana, porque de esto resultó que á mediados del tercer decenio de aquel siglo cambió completamente la esperanza general del pueblo alemán, el cual la cifró en adelante en los príncipes y demas miembros del Imperio ya que nada podia esperar de la cabeza. Desde aquel instante fué considerada la independencia de los príncipes electores como una salvacion de la fé en el Evangelio, y en efecto los magnates, príncipes y municipios libres se pusieron á la cabeza del movimiento protestante, tratando de justificar con la autoridad del Evangelio su resistencia á las tendencias monárquicas del emperador.

Este cambio de la esperanza nacional se manifestó por primera vez con la alianza de Torgau hecha en mayo de 1525 por Juan, el nuevo príncipe elector de Sajonia y el joven landgrave Felipe de Hesse, con el objeto de ponerse de acuerdo y protegerse mutuamente en el asunto de la reforma religiosa, en cuya alianza entraron luego otros príncipes. El emperador no pudo hacer nada contra esta alianza á pesar de su deseo decidido, porque otros asuntos exteriores se lo impidieron, y en el parlamento de Spira en 1526 tuvo que hacer la concesion importante de que todos los miembros del Imperio, hasta que decidiera el primer concilio general, procediesen como creyeran conveniente para poder responder á Dios y á la majestad imperial. Este acto legislativo reconoció por primera vez que ni el Papa, que ni siquiera fué mencionado en el acta de clausura, ni el emperador tenian autoridad en esta materia, sino que la decision dependia exclusivamente de los magnates y demás potencias territoriales del Imperio.

A raiz de esta declaracion se procedió en diferentes territorios á la instalacion de la nueva Iglesia, sobre todo en Sajonia y Hesse. Se quitó á los obispos su jurisdiccion y se la apropiaron los soberanos, juntamente con los bienes de la Iglesia que sirvieron para asalarar á los párrocos y cubrir las dotaciones de las escuelas, de los hospitales y otros establecimientos análogos (1). Naturalmente la expropiacion de las atribuciones eclesiásticas y de los bienes de la Iglesia aumentó el poder de los soberanos considerablemente; y una vez comenzado el movimiento, no hubo medio de detenerlo ni menos de hacerlo cesar. En el parlamento de Spira del año 1529 se anuló la concesion hecha tres años antes; pero los partidarios de la Reforma protestaron; al año siguiente presentaron su confesion de fe, y al cabo de otro año fundaron la liga de Smalcalda.

Las complicaciones políticas con otras potencias obligaron al emperador á hacer continuamente nuevas concesiones al movimiento siempre creciente, á pesar de su ardiente deseo de acabar con él por medio de la fuerza. La «paz religiosa de Nuremberg» de 1532, la paz de Cadan de 1534, la decision de Francfort de 1539 y la declaracion imperial de 1541 fueron otras tantas concesiones hechas al movimiento reformista, al cual se fueron agregando continuamente nuevos

territorios ó Estados. Esta situacion, sin embargo, cambió cuando el emperador hubo hecho la paz con Francia y se hubo reconciliado con el Papa. Entonces dirigió las tropas españolas que habia llevado á Alemania contra los reformistas y los aliados de Smalcalda para aniquilar el movimiento religioso y la soberanía de los príncipes. El emperador procedió con energia y sin consideracion alguna; sus soldados españoles tenian sujeta á la Alemania, y magnates españoles dirigian los negocios; el imperio alemán estaba subyugado por el extranjero y en camino de ser una simple provincia de la monarquía católica universal. A este fin se dirigia el arreglo interino de 1548, es decir: al restablecimiento de la autoridad del Papa, á la reinstalacion de los obispos, del clero y de los frailes, á la expulsion de los eclesiásticos y de los consejos municipales reformistas de las ciudades libres, á la censura de los escritos reformistas, en una palabra, al restablecimiento del catolicismo papal. El emperador renovó el tribunal supremo del Imperio colocando en él exclusivamente á magistrados católicos fervientes que naturalmente anularon las confiscaciones de bienes de la Iglesia hechas por los príncipes y ciudades libres reformistas, á pesar de que, segun una disposicion anterior, la mitad de estos magistrados debian ser luteranos. Solo faltaba que Carlos V coronase su obra con asegurar la sucesion en Alemania á su hijo Felipe, á pesar de haber sido elegido rey de Romanos Fernando, su hermano. A haber podido realizar este plan, la Alemania habria quedado reducida á una dependencia de la corona de España, si bien habria quedado constituida en monarquía unida á costa de su independencia política y religiosa y de su nacionalidad.

No tuvo tamaña desgracia la Alemania. La sublevacion provocada y dirigida por el príncipe elector Mauricio en 1552 produjo un súbito cambio, y el emperador Carlos V, vencido, desanimado, desesperanzado de realizar su deseo de restablecer la monarquía láico-eclesiástica de la Edad media, corporalmente quebrantado, se retiró de la vida pública y dejó á los alemanes que se arreglasen á su manera.

Esto dió lugar á la obra pacificadora del parlamento de Augsburgo de 1555, que puso el sello al movimiento reformista alemán al cabo de mas de un siglo de duracion. Este parlamento sentó con su obra la base de una situacion interior nueva que dió lugar á nuevos movimientos, complicaciones y luchas.

#### RESULTADO DE LAS DELIBERACIONES DEL PARLAMENTO DE AUGSBURGO EN EL AÑO 1555

Por culpa del emperador, el Habsburgo Carlos V, el movimiento religioso, en lugar de la anhelada unidad nacional, solo produjo la desmembracion irreparable. El Imperio se habia dividido en dos grandes partidos que se negaban mutuamente el derecho de existencia, sin que ninguno de los dos llegara á triunfar definitivamente sobre su contrario; y si al fin se conciliaron fué solo porque reconocieron que por lo pronto la continuacion de la contienda no conducia á ningun resultado y porque de todas partes se deseaba la paz y tranquilidad. Así se hizo la paz, no con ánimo sincero de conciliarse, sino con disposiciones hostiles, y hasta el mismo convenio pacífico dió lugar á una lucha odiosa y traidora, y solo pudo tener el carácter de un compromiso.

A este compromiso, sin embargo, dieron ciertas circunstancias pasajeras una base duradera.

La cuestion eclesiástica ocupó por supuesto en los debates sobre el arreglo el primer puesto, tanto por ser la que mas tenia enardecidos los ánimos, como por estar involucra-

(1) La mayor parte de estos bienes sirvieron en Alemania como en Inglaterra para objetos más mundanos. (N. del T.)